

impetuosos. Los obispos á porfía pedian para sus diócesis un hombre que producía tan felices mudanzas. Bridayne, siempre infatigable, corría de provincia en provincia, caminando como un apóstol, no poseyendo cosa alguna y viviendo de lo que se le ofrecía. En 1744 vino á París; pasó al Languedoc, á la Borgoña, á la Champaña, al Auvernia, á Rouergue. Massillon había querido oírle y lo admiró; los señores Languet, Bauyn, Charency, Saleon, Pompignan, obtuvieron con reconocimiento que visitase sus diócesis. En 1750 fué á ganar el jubileo á Roma; al volver á Francia recomenzó sus trabajos: predicó en la ciudad de Acqs, cuyo obispo, M. de Suarez de Aulan, era amigo suyo. En Chartres y en Tours dió misiones, seguidas de saludables efectos. M. de Beaumont le llamó á París, en donde predicó la cuaresma por muchos años, y en donde se atrajo los elogios hasta de los oradores que brillaban en la capital. Pasó á la Trapa á reanimar su piedad, desde donde se esparció por todas partes con un celo que ni los peligros ni las fatigas detenían. Pocas diócesis hay en Francia en que Bridayne no haya hecho oír la palabra de Dios. Lo que hacía sus trabajos mas eficaces aun es que ellos estaban sostenidos por la práctica de todas las virtudes del cristianismo: una caridad ardiente, un grande amor por los pobres y por la pobreza misma, una fe viva, una piedad tierna, una humildad sincera, una dulzura inalterable, tales son las cualidades que se distinguieron en el P. Bridayne.

ne, porque así se le llamaba comunmente. Una vida tan dura y tan laboriosa debía agotar pronto sus fuerzas, y es difícil concebir como pudo continuar hasta la edad de sesenta y seis años este penoso ministerio. El 15 de noviembre de 1767 acababa sus doscientas cincuenta y seis misiones en Villanueva, cerca de Aviñon, cuando cayó en un estado de languidez y abatimiento; estaba atormentado de los dolores de piedra, y los sufría con una perfecta resignacion; de tal manera se aumentaron estos que previó su próximo fin: recibió los últimos sacramentos de la Iglesia con las pruebas mas vivas de piedad, y murió el 22 de diciembre en Roquemauro en el Languedoc. De poco tiempo á esta parte se ha dado su vida, de la que nosotros hemos sacado estas noticias.

1768.

— El 30 de enero, breve de Clemente XIII para anular algunos edictos dados en Parma. Habíanse publicado por el duque de Parma en 1764, 1765 y 1767, unas leyes que sujetaban los bienes eclesiásticos á las mismas contribuciones que los otros; que anulaban los rescritos de Roma no autorizados con la aprobacion del soberano, que prohibían recurrir á los tribunales estrangeros, y que establecían tambien sobre diferentes materias eclesiásti-

cas reglamentos conformes al sistema que empezaba á prevalecer de estrechar mas y mas la autoridad de la santa Sede, y de enervar la potestad eclesiástica. Estos edictos parecieron á Clemente XIII contrarios á sus derechos, ya como soberano pontífice ya como señor de Parma; porque los Papas pretenden que habiendo sido este ducado desprendido por concesion de los dominios de la santa Sede, han conservado en ellos el derecho de señorío. Sea lo que fuese de estas pretensiones, que tal vez se hallarian mas sólidas si estuviesen apoyadas con un ejército de cien mil hombres, el breve de Clemente XIII pareció chocar en extremo á los príncipes de la casa de Borbon: estos tomaron partido por la causa del infante duque. El parlamento de París suprimió el breve el 26 de febrero. Las cortes de Parma, Madrid, Lisboa y Nápoles, lo hicieron tratar del mismo modo en sus tribunales. En Francia se apoderaron de Aviñon y del Condado: Benevento fué ocupado por las tropas napolitanas. No era dudoso el verdadero motivo de estos procedimientos hostiles; querian hacer arrepentir al Papa de la proteccion que daba á los jesuitas, y de su resistencia en acceder á las solicitudes que se le habian reiterado para destruirlos. Clemente XIII atemorizado de estas disposiciones, escribió el 29 de junio de 1768 á la emperatriz María Teresa para empeñarla en que mediase entre él y los soberanos; pero ella declinó esta comision. Poco despues deseando ardientemente el pontífice restablecer la

paz, escribió él mismo á los príncipes de la casa de Borbon. Estos pasos no tuvieron suceso alguno: los ministros de estas cortes eran muy poco favorables á la religion y á la santa Sede para disponer sus soberanos á escuchar estos adelantamientos. El Papa habia tenido tambien el año antecedente la mortificacion de recibir una carta muy áspera del rey de Portugal, en respuesta á las aberturas que habia hecho cerca de este príncipe para ensayar el renovar la concordia entre las dos cortes.

— El 11 de abril, carta del obispo de Ginebra á Voltaire. *Sensible se hace*, ha dicho un escritor imparcial, *que dejándose arrastrar por el torrente de un siglo degradado, se haya cubierto Voltaire de ese cinismo repugnante que forma un feo contraste con las canas, símbolo de sabiduría y de pureza.* ¡Qué espectáculo tan triste es ver á un anciano insultando la divinidad en el momento en que va á llamarle á su juicio, y rechazando el respeto de la juventud de cuyos estravios participa! Cuanto mas avanzaba en edad tanta mas fuerza adquiria su pasion dominante, tanta mas amargura iba mandando de su alma. No parecia sino que el hielo de la vejez redoblaba sus ardores en vez de apagarlos, volviéndose cada dia mas solícito en las provocaciones que dirigia á sus amigos. Frecuentísimo era el uso que estaba haciendo de esa fórmula

¹ De la literatura francesa durante el siglo XVIII, por de Barante.

abominable que habia inventado para escitar su celo, de suerte que la reproducia bajo todas las formas, atestaba de ella todas sus cartas y la cosia, como quien dice, á cada una de sus cláusulas. No pudiendo soportar que nadie le replicase; se iba volviendo mas cáustico, irritable é intolerante. *Me vuelvo malo al fin de mi vida*, decia él mismo en una de sus cartas, en enero de 1761. El dia 16 de febrero siguiente, escribia á d'Alembert, con motivo de un abogado general que habia requerido en el parlamento la proscripcion de muchas de sus obras, lo que sigue: *Puesto que no puedo cortarle la mano con que ha escrito su infame requisitoria, lo abandono á su pedantería, á su hipocresía, á su malicia de mico y á toda la negrura de su negro caracter*. Designa á sus enemigos con el apodo de *bestias hediondas*, y esta graciosa calificación está prodigada á manos llenas en su *Correspondencia*, donde los llama á la par *bribones, monigotes y guilopos*. En el célebre canciller d'Aguesseau no ve otra cosa que un *jansenista empalagoso y pedante*. Pero todo lo dicho es nada en comparación á los extravagantes accesos en que caia algunas veces. Por ejemplo el dia 11 de mayo de 1761 escribia á Helvecio; *la proposicion razonable y modesta de estrangular el último jesuita con las tripas del último jansenista, ¿ no podria por ventura conducir las cosas á alguna conciliacion*¹. Con fecha

¹ *Correspondencia general*, t. LVII, p. 109.

26 de enero de 1762 decia á Damilaville: *Lástima que no sean los filósofos aun ni bastante numerosos, ni bastante entusiastas, ni bastante ricos para volar á la destruccion á hierro y fuego de esa cafila de enemigos del género humano y de esa secta abominable que ha provocado tamaños horrores*¹. Con fecha del mismo dia al conde de Argental: *los jansenistas y jesuitas prosiguen desgarrándose á dentelladas; bien se necesitaria metrallarlos en tanto que se están mordiendo*². Esta jocosa imagen le ha caido tan en gracia, que la repite cuatro dias despues en una carta á Damilaville: *Es menester despachurrar á los jesuitas y jansenistas, en tanto que se están mordiendo*³. Tambien decia á Chabanon: *No seria malo arrojar todos los dias al mar á un jesuita con un jansenista á cuestas*. A la verdad, no puede uno menos de complacerse al oír en boca de un amante de la humanidad estos benignos deseos. Así se da á conocer una bella alma, y sin duda con motivo de estos arrebatos escribia Voltaire á madama del Deffant, con fecha 15 de enero de 1761: *Soy tan insolente en mi modo de pensar, uso algunas veces de espresiones tan temerarias, aborrezco tanto á los pedantes y á los hipócritas, y me encolerizo tanto contra los fanáticos; que no podré permanecer jamas en París mas de dos meses*⁴. En

¹ *Correspondencia general*, t. LVII, p. 321.

² *Ib.*, p. 323.

³ *Ib.*, p. 327.

⁴ *Ib.*, p. 21.

un suplemento á las cartas de Voltaire publicado en dos volúmenes en 1808, se halla una carta que le escribía su sobrina madama Denis, fecha 10 de febrero de 1754. Decíale entre otras cosas lo que sigue: *El mal humor os ha trastornado la cabeza; mas ¿ puede ganar el corazon? la avaricia os mata.* (Estas últimas palabras estaban borradas y madama Denis habia instituido esta frase un poco mas dulce), *el apego del dinero os atormenta. No me preciseis á aborreceros; sois el último de los hombres por lo que toca á corazon.* Esta tal madama Denis estaba un poco áspera en sus espresiones. Tambien se cita una carta del presidente de Brosses, el cual decia á Voltaire unas cosas bastante duras. *Acordaos, señor, de los consejos prudentes que os he dado anteriormente en conversacion, cuando refiriéndome los contratiempos de vuestra vida, añadisteis que teniais un caracter naturalmente insolente. Yo os concedí mi amistad, por quanto hay dias en que os haceis digno de ella. Y es una indicacion, de que no me retracto, la advertencia que os doy, sobre que no escribais jamas en vuestros momentos de alienacion de espíritu, por no tener que ruborizaros cuando volvais á vuestro juicio, de lo que hayais hecho en vuestro acceso de delirio.* Sin embargo no queremos forzar á nadie á que juzgue á Voltaire por los accesos de mal humor de algunos de sus correspondientes, ó por sus propios arrebatos; queremos sí, que se lo aprecie en vista de hechos. Desgraciadamente los hay demasiado ciertos entre los que se

pueden enunciar. No parece sino que este hombre raro se haya complacido en acumular en él escesos de mas de un género, y fuese tan lejos que sus propios partidarios se vieron en la dura precision de vituperarlo. Queremos hablar aquí de sus escandalosas comuniones. Cuatro hallamos señaladas en sus cartas y en las de sus amigos; la primera de las cuales acaeció en 1754. Hallábase á la sazón en Colmar y estaba deseando muchísimo obtener permiso para venir en París. Collini, su secretario en esta época, refiere que le escribieron desde la capital que reparase en su conducta á la Pascua, y que obraria atinadamente si se sujetara á la necesidad. Todavía añade Collini que esta comunión fué en pura pérdida de sus bienes temporales y del objeto á que tendia. Por lo mismo Voltaire no debia de acudir á semejante medio; con todo aun le vemos echar mano del mismo en 1761, esto es en un tiempo precisamente en que sus escritos ofrecian mas recargadas tintas de irreligion. Con un torrente de sarcasmos é invectivas anuncia al conde de Argental su resolucion de celebrar la Pascua. Escribíale con fecha 16 de febrero de 1761: *Si yo tuviera cien mil hombres, harto sé lo que haria; mas como no los tengo, comulgaré por la Pascua y me llamareis hipócrita todo quanto querais. Si, pardiez, comulgaré con madama Denis y la señorita Corneille; y si me apurais voy á rimar en versos cruzados el Tantum ergo*¹. Tal es el tono, tristemente

¹ Correspondencia general. t. LVII, p. 60.

chancero con que estaba hablando de un paso del cual debía ruborizarse. En 1768 lo renovó á la par, escitando esta vez el celo de la autoridad eclesiástica. El señor Biord, obispo de Ginebra, en cuya diócesis estaba situada Ferney donde Voltaire residia, el señor Biord creyó que no debía dejar pasar en silencio tamaño escándalo. Apiadado de los extravíos de un desdichado anciano, y queriendo llenar para con él el oficio de un pastor y de un padre, le escribió con fecha 11 de abril de 1768, una carta, que se halla en la *Correspondencia general*¹ muy bien redactada y digna en todo y por todo de un obispo lleno de piedad y celo. Decíale el prelado haber llegado á su noticia que él habia celebrado la Pascua; y que deseaba muchísimo que un acto tan santo no se convirtiese en una mancha para su gloria, que se hubiese preparado á él con todas las disposiciones necesarias, y que los incrédulos no pudiesen ya gloriarse jamas de tenerlo á su cabeza. Él hubiera querido que en vez de predicar en la Iglesia contra los robos, Voltaire hubiese dado muestras de su arrepentimiento con sus lágrimas, y protestado contra los escándalos á que hubiese podido dar margen. Concluia el señor Biord con votos, á fin de que, amonestado por su edad y sus reflexiones, cimentase toda su gloria en trabajar para su salvacion. Esta carta, escrita con un tono muy atento, dió margen á una contestacion de Voltaire que no lo fué tanto. En

¹ *Correspondencia general*, t. LX, p. 453 y sig.

primer lugar, apartándose del uso comunmente recibido, no daba al obispo sino el título de *señor*. A lo menos J. Jacobo habia sido mas cortes en su carta, dirigida al señor de Beaumont, la cual sin embargo habia hallado Voltaire *impertinente*. Otro olvido de los usos habituales fué el dirigir la carta al señor obispo de Annecy. Sobradamente sabia que los obispos de Ginebra habian conservado su título, aun cuando se los hubiese arrojado de su ciudad principal, precisándoles á residir en Annecy. Lo mismo habia sucedido con estos obispos como con el de Bale, de Constance y de Ausburgo, los cuales aun perdiendo sus ciudades capitales, no habian perdido sus derechos. Mas sin duda habia creído Voltaire mortificar al señor Biord, suprimiendo su verdadera calidad: por otra parte su carta era bastante insignificante. Limitábase á ciertas generalidades, se humillaba delante de Dios, y pretendia que habia sido de su deber hablar en la Iglesia contra los robos, por ser negocio de policia, del cual son jueces los señores; y harto es sabido que Voltaire tenia en mucho su calidad de señor. Replicóse el obispo, y sin hacer atencion á la falta de respetos del filósofo, no pensó sino en darle á entender verdades útiles. Advertíale que una comunión celebrada conforme los principios de la religion, exigia de antemano preparaciones manifiestas, y que hasta verificarlas no se le podia haber absuelto; por último le persuadia que pensase en la eternidad. Tan cristiano y maduro language no hizo grande

impresion en el alma de un hombre desde mucho tiempo endurecido en el error; de aquí es que en su contestacion del 29 de abril, de todo habla menos de este asunto. Pretendia en ella que el señor Biord se habia dejado prevenir contra él por un cura vecino y el limosnero del residente de Francia en Ginebra, y le enviaba un certificado en su favor, el cual habia hecho firmar por el síndico de la aldea y algunos habitantes. Plúgole al prelado justificar á los dos eclesiásticos á quienes acusaba Voltaire de delatores, y aprovechándose todavía de esta ocasion, contestó en su carta del 2 de mayo lo siguiente: *Harto sabeis cuales son las obras que se os atribuye; no ignorais lo que se piensa de vos en toda la Europa, y os consta bien que todos los incrédulos de nuestros tiempos se vanaglorian de teneros por su gefe y de haber bebido en vuestras obras los principios de su irreligion. De consiguiente la culpa de todo lo que se os está imputando, reside en el mundo entero y en vos mismo.* Aquí concluye esta correspondencia en la cual el sencillo y modesto prelado nos parece á la verdad haber desplegado mas sentido y hasta mas talento, que el académico con todos sus alcances y nombradía. Afirma este que el señor Biord elevó sus quejas á la corte de Francia; lo cierto es que el conde de San Florentin recibió la orden de hacer saber á Voltaire que el rey estaba muy descontento de que hubiese predicado en la Iglesia el dia de Pascua. Mas no dejó Voltaire de hallar aldeanos complacientes que le

firmaron un certificado para su justificacion. En sus cartas dirigidas á sus amigos trata al obispo de un modo muy grosero, pues le llama *fanático, energúmeno y bribon*, pretendiendo que este prelado era hijo de su albañil, lo que era falso, y aun cuando hubiese sido exacto, nada tenia esto que ver con la cuestion. Mas donde descuella de un modo inconcebible su delirio, es sin duda en ese tono cínico, con el cual refiere á d'Alembert su escandalosa conducta en el dia de Pascua. Escribíale con fecha 1 de mayo de 1768 las cláusulas siguientes: *¿Cual debe ser la conducta de los sabios, cuando se ven rodeados de bárbaros insensatos? Momentos hay en que es forzoso remedar sus contorsiones y lenguaje, Mutemus clypeos. Por lo demas lo que he practicado este año, lo he practicado ya repetidas veces, y si Dios lo quiere, lo practicaré todavía. Hombres hay que temen manosear arañas; pero tambien hay otros que las tragan¹.* Que se nos disimule por un momento si reproducimos aquí estas bajas é insultantes imágenes. Confesamos que semejante hipocresía ni siquiera halló ningun eco entre aquellos mismos que participaban mas de las preocupaciones y celo de Voltaire. Grimm no deja de afirmar en su *Correspondencia* que aquella hipocresía llenó de escándalo París. D'Alembert en su contestacion á la carta que acabamos de citar, dice á su maestro, aunque con mucho tino y miramien-

¹ *Correspondencia con d'Alembert*, t. LXVIII, p. 477.